

## ESPECIAL

Periodista Patricia Verdugo publicó nuevo reportaje, ahora sobre drama de los detenidos desaparecidos

## Relato sobre Paine y su duelo oculto

Tras escribir el mayor éxito editorial chileno con *Los zarpazos del Puma* —que vendió 100 mil ejemplares—, la periodista Patricia Verdugo lanza hoy un nuevo trabajo: *Tiempo de días*

Junto a la línea férrea, por calle General Baquedano, están los dos locales comerciales vecinos que obviamente pertenecen al mismo dueño: el supermercado "Mapa" y la ferretería "Mapa". Coloridos, bien surtidos, los más grandes de Paine, hablan de la prosperidad y el bienestar de sus propietarios. Ningún extraño podría imaginar la tragedia que allí se esconde.

La casa de los dueños está detrás del supermercado. Y en la puerta de acceso hay una placa negra con el nombre del ausente: René Maureira G.

Ahí está, esperando que él vuelva y encuentre todo como antes. Más aún. Sonia Carreño de Maureira y su hijo menor, Juan Leonardo, han trabajado sin descanso, con la obsesión de que lo encuentre todo mejor que antes, que pueda sentirse orgulloso de su familia. Sonia, una buenamoza mujer de tez blanca y cabello rubio, tiene ahora 54 años. Conoció a René cuando apenas se empujaba sobre los quince, allá en Parral, donde ambos vivían. Fue su primer, gran y único amor. Se casaron muy jóvenes, tuvieron dos hijos y trabajaron codo a codo para salir adelante. En 1965 decidieron el traslado a Paine. A poco de llegar e instalar su almacén, ya tenían vínculos amistosos y sociales con medio pueblo, incluyendo obviamente autoridades locales, carabineros y los "influyentes" de la zona.

—Nuestra vida era buena. Teníamos una relación de pareja muy armónica, los niños entraban en la adolescencia con toda normalidad, trabajábamos mucho y bien, teníamos bastante amigos que venían a comer a nuestra casa y a los que visitábamos muy seguido—, recuerda Sonia.

Todo fue así hasta fines del año 1972, cuando el conflicto político se agudizó y fue permeando todos los niveles de relaciones humanas. Porque el comerciante René Maureira —simpatizante socialista— había prestado unas habitaciones tras el almacén para que funcionara la sede del PS. No cerró su local cuando otros lo hicieron para protestar contra el gobierno de la Unidad Popular, no participó del mercado negro que buscó agudizar la crisis y jamás negó la venta de algún artículo esencial. Por el contrario. Cada tambor de aceite se vendía, a precio oficial, hasta la última gota, repartido en porciones pequeñas para atender la larga cola frente al local. "Y no habríamos tenido esa cola si no es porque los derechistas avisaban por teléfono a Rancagua, por ejemplo, y de allí venía mucha gente para llevarse mercadería cada vez que nos llegaba abastecimiento para Paine", asegura Sonia.

Así la pista se fue poniendo pesada y muchos amigos dejaron de verlos. "Recuerdo que un día René volvió de Santiago con el auto cargado de cosas para vender. Incluso en la parrilla traía todas las planchas de aislapol que pudo cargar. Pocos

claros. Centrado en el drama de los detenidos desaparecidos, examina a fondo algunos casos, como el del ingeniero David Silberman, o los 19 de Laja, entre otros. "La Epoca" inicia hoy la

publicación en serie del primer capítulo, relativo al comerciante René Maureira. ¿Por qué escribir sobre eso? La autora responde al comienzo: Para "participar en la búsqueda de soluciones

minutos después de entrar a la casa, llegó a vernos un amigo, Guillermo Reyes, quien hoy tiene la bencinera Sunoco, y preguntó a René qué había traído. Mi marido le mostró todo y Guillermo comentó: ¡Qué malos pensamientos son, me dijeron que venías cargado con armas!" Pero ni Sonia ni René vislumbraron, entonces, que esos "malos pensamientos" estaban no sólo caldeando los ánimos sino que incubando acciones criminales que se desatarían en Paine tras el golpe militar. —El día del golpe, como a las once de la noche, con toque de queda, llegaron los carabineros a buscarlo. Le pidieron que fuera a abrir el local. Los conocíamos, así que los atendimos con normalidad. Incluso cuando René se fue, yo me acosté de nuevo, muy tranquila. Volvió como a la una de la mañana, se metió a la cama y noté su cuerpo muy frío. Ahí me contó que había encontrado el local desce-rrajado, que militares habían allanado todo buscando armas y que obviamente nada habían encontrado. Al otro día, vi que había una huella grande de zapato marcada en la espalda de su chaqueta de cotelé. Me explicó que lo habían tendido en la vereda, con una bota militar en su espalda aplastándolo, que al volver —caminando solo— pensó que podría llegarle un tiro por la espalda, que había sentido que le flaqueaban las pier- nas...

No volvieron a hablar del asunto. Ninguna frase de René reveló temor por el futuro o intenciones de salir de Paine. Y la noche del 12 de septiembre regresaron los carabineros y se lo llevaron de nuevo. Al día siguiente, Sonia fue a la Comisaría a preguntar qué pasaba:

—Afuera había muchos vehículos de civiles y mucha gente de derecha que esperaba no se qué. Los Carrasco, los Tagles, los González, Francisco Luzoro y otros. No me dejaron ni entrar a la Comisaría y, afuera, un carabinero me dijo que nada sabía de René. Pregunté y pregunté por varios días, hasta que me dijeron que fuera a la Comisaría de Buin. Allá, el capitán Bravo me dijo que nada sabía tampoco. Y mientras averiguaba, seguí trabajando al frente del negocio. Partí del supuesto de que mi marido estaba detenido, que lo estaban interrogando y que volvería de un momento a otro. No tuve temor y ni siquiera se me ocurrió contactar a un abogado. No temí por él a pesar de que venía gente a contarme cosas horribles: que cerro adentro habían quemado vivos a unos campesinos, que aparecían cuerpos en los zanjones. No creí que fuera cierto y entendí que mi primera tarea era hacer todo lo necesario para que René nos encontrara bien, con la familia normal y el negocio andando...

Trabajando por dos, Sonia se las arregló para tranquilizar a los hijos y mantener ante la clientela la frente el alto. "El que nada hace, nada teme" fue su lema. Ya volvería su marido,



"Por eso, todo lo que digan a oscuras será oído en día claro".

cualquier malentendido se aclararía y quedaría probado —frente a todo el pueblo— que eran personas decentes, de conducta intachable. Para ella, mantenerse en calma pasó a ser un acto de dignidad vital. Calma incluso ante agresiones abiertas. Como esa mañana de fines de septiembre de 1973 cuando —al ir a abrir su negocio, caminando junto a su hijo— escuchó la voz de Robinson Venegas, otrora amigo de su marido, con un grito que resonó en la calle: "¡Levanta ahora la cabeza, comunista de mierda!" ...Sonia recuerda que se estremeció al constatar por primera vez la realidad: "Ahí me di cuenta de que nos odiaban, de que les había salido el indio que tenían adentro".

Cuando se cumplía un mes de la detención, el 12 de octubre de 1973, Sonia volvió de una reunión de los comerciantes con la alcaldesa y encontró a René en casa. "Había estado detenido en el Estadio Nacional. Estaba muy tenso, muy sensible. Había visto cosas horribles y venía emocionalmente quebrado. Al liberarlo, le dijeron que se quedara en su casa de preferencia y que si tenía que hacer algún trámite, siempre dejara dicho dónde estaba... ¿Asilarnos?... pero ¡cómo se le ocurre!... Pensamos que la pesadilla ya había pasado y —en los tres días que siguieron— René descansó, trabajó y me hizo un par de comentarios respecto de que nuestra tarea de comerciante debía seguir adelante, igual que siempre. Yo estaba tan feliz de tenerlo de nuevo, que hacía todo lo posible para actuar como si nada hubiera pasado, para normalizar

todo. Recuerdo que vino su familia a verlo y que cuando estábamos sirviendo la comida, él dijo: "le apuesto a que nadie adivina cuál era la comida más apreciada en el Estadio". Todos nombraron algún plato y erramos. Porque era la cáscara de naranja. El dijo que tenían tanta hambre, que se repartían las cáscaras para luego comerlas en trocitos muy pequeños y calmar el dolor del estómago vacío".

Hasta que llegó la madrugada del 16 de octubre de 1973. Sonia, René y los niños dormían plácidos cuando golpearon la puerta: "Fue como a la una y media de la madrugada. Los golpes resonaron muy fuerte y salté de la cama para ir a abrir..."

Sonia rehúye mi mirada y se acomoda los lentes, en una vano intento por ocultar las lágrimas y secarlas antes de que caigan. Recuerda esa noche fatídica con nitidez a pesar de que han transcurrido más de 16 años.

—¿Quién es? —preguntó ella, al tiempo que encendía la luz del vestíbulo.

—Somos militares... del Ejército... venimos a allanar su casa —respondió un vozarrón.

Abrió la puerta. Entraron varios, con uniforme de campaña y los rostros pintados con manchas negras. Reconoció al oficial que estaba a cargo de la operación. Era el teniente Andrés Magaña, de la Escuela de Infantería de San Bernardo, quien había tenido misiones de vigilancia cerca de ahí, en la estación del ferrocarril, en algunos días críticos previos al golpe militar. Ella lo había atendido en el negocio, y sus hijos, que

habían conversado con él, incluso lo admiraban. No había duda: era el teniente Magaña.

—¿Dónde está el dueño de casa? —preguntó Magaña.

—En cama. Estábamos durmiendo —explicó Sonia.

—Dígame que se vista porque es requerido en Santiago para nuevos interrogatorios —dijo el oficial del Ejército. Mientras René se vestía, Sonia buscó pañuelos en un cajón. Recordó que él había tenido que romper su camiseta en el Estadio Nacional ante la carencia de pañuelos. El oficial y otro soldado observaban la escena. Cuando estuvo listo, se miraron.

—¡Ten fe, René, ten fe! —dijo ella. El miró a sus hijos, volvió a unir la mirada con ella y nada dijo. Se fue en silencio, dejando sobre el velador su anillo de matrimonio, su reloj y su gargantilla.

Sonia recuerda que no les tuvo miedo: "Si hubiera sido una pelea entre países y nosotros hubiéramos sido extranjeros enemigos, ahí habría tenido miedo. Pero eran los militares de mi país, que sólo estaban cumpliendo la orden de volver a detener a mi marido. No les temí e incluso pensé que ellos no eran culpables del nuevo malentendido". Esperó que volviera al día siguiente, pero no fue así. Se enteró de que no sólo René había sido detenido esa noche en Paine: se había tratado de una detención masiva. Y cuando ya pasaban varios días, comenzó la búsqueda. El Estadio Nacional, el Sendet en el edificio del Congreso Nacional, las comisarías... Ya finalizaba 1973 cuando logró entrar al Estadio Nacional, luego de suplicar y suplicar. Tenía que estar ahí, estaba segura de encontrarlo. Caminó y caminó, dando varias vueltas alrededor. Lloraba, apenas conteniéndose para poder hilvanar la pregunta a quien pudiera escucharla.

—¿Dónde puedo encontrar a René Maureira? Ayúdeme, por favor, es mi marido...

Cada cierto trecho, una escena repetida la sumía en pena profunda: "En cada acceso a las galerías había detenidos abrazando y acariciando —a través de las rejas— a sus familias, a sus niños, a sus esposas. Ese día habían permitido que entraran para despedirse, porque se los llevaban al campo de prisioneros de Chacabuco. Eran escenas desgarradoras, tan tristes. Y por otro lado, yo estaba sola, sin poder encontrarlo, con los niños afuera esperando que les dijeran que lo había visto".

—No está en las listas... aquí no aparece—, eran las respuestas que encontraba en cada militar.

—René Maureira Gajardo... René Maureira Gajardo... presentarse en la guardia —repetió dos veces la voz en el micrófono.

**CONTINUA  
MAÑANA**